

Argentina: Una demostración de la hipótesis de Von Hayek

Por Marcos Anibal Rougès (h)

Von Hayek postulaba que si los intelectuales pudieran ser convencidos de los beneficios de los mercados libres, los políticos los seguirían. ¿Es este pensamiento aplicable para la situación actual de Argentina? Anticipo mi criterio de que este parecer es totalmente aplicable en Argentina, y a exponer mis fundamentos tienden las siguientes líneas.

La visión pesimista de muchos liberales considera que el crecimiento de los partidarios de políticas populistas se debe a que los sencillos slogans de esos partidos encuentran oídos mejor predispuestos en las masas de votantes que los complicados razonamientos económicos de hombres fríos y poco carismáticos, presuponiendo que la envidia, resentimiento y complejos de inferioridad mueven a la gente común a votar en la forma que consideran más perjudicial para los más adinerados, ignorando –o inclusive conociendo- que de tal suerte también votan en contra de sus propios intereses. En consecuencia, piensan que a esos slogans del estatismo deben oponerse, dentro de una acción política partidista, otros slogans tan igualmente simplistas, que a los carismáticos populistas deberán oponerse carismáticos políticos liberales, y que frente a las banderas socialistas deben ponerse a flamear banderas liberales, con más atractivos diseños...

En realidad las personas buscan la verdad. Si bien las ideas erróneas pueden obedecer a la envidia, al resentimiento o la mala fe de quienes las proclaman, usualmente se enraízan por la ignorancia de sus receptores. Cuando la población se percató del error vuelven la espalda a las falacias populistas, tal como ocurrió en la antigua U.R.S.S., que cayó espontáneamente cuando ni siquiera los Servicios Secretos de Estados Unidos lo vaticinaban. Obtener el crédito de la población no resulta difícil si se efectúan pronósticos que luego resultan corroborados por los hechos. Y resulta fácil, sin necesidad de instituirse como partido político, prever que los controles de precios generarán escasez, que la emisión monetaria producirá inflación, que el incremento de la presión fiscal ahuyentará a los inversores, que las tentativas de imponer salarios superiores a los de mercado generarán desocupación, que los precios mínimos y el crédito blando generarán crisis de superproducción...

La creencia generalizada acerca de los fundamentos del auge del populismo en la mentalidad popular se desdibuja apenas nos percatamos de que tampoco las ideas que hoy los liberales pretendemos combatir nacieron por generación espontánea. Siguieron el mismo esquema Emisor–Transmisor–Receptor. Las políticas que lamentamos fueron pergeñadas por ideólogos como Marx, Lenin, Gramsci, Keynes o Hitler, y luego impuestas a través de una prédica tan constante como falaz, llevada a cabo por supuestas élites intelectuales. En contadas ocasiones fueron los mismos ideólogos quienes llevaron a cabo la acción política para implantar sus ideas (Hitler, Lenin), pero en muchas otras (Marx, Gramsci, Keynes), se limitaron a establecer determinados esquemas de pensamiento, difundidos luego como verdades por supuestas élites intelectuales, hasta finalmente encarnarse en partidos políticos galvanizados por tales ideas. Las ideas populistas que hoy pululan son la triste hazaña digna de mejor causa de intelectuales equivocados y de sus acólitos que luego convencieron a la población de las equivocaciones de sus primeros profetas.

Las ideas liberales se impondrán cuando no sean patrimonio exclusivo de un partido político, sino cuando estén totalmente encarnados como parte de las premisas mentales de la gente común, como una “noosfera” (para usar el término de Teilhard de

Chardin), una suerte de atmósfera intelectual que sea respirada y compartida por todos. Iluminar y esclarecer es una tarea fundamental. La explicación doctrinaria tendiente a aclarar que el liberalismo es la mejor forma de proveer al funcionamiento de la Sociedad y por ende de la Economía, se convierte así en tarea de primera magnitud. Y no es difícil, ya que el liberalismo es básica y simplemente la oposición a la prepotencia de los gobernantes. Por eso los gobiernos totalitarios y sus escribientes buscan continuamente demonizarlo y mostrarlo como malvado engaño pergeñado por ominosas conspiraciones mundiales tendientes a la exacción de los recursos, contra las cuales los gobernantes populistas supuestamente deben defender al pueblo... con los recursos provenientes de exacciones.

Siempre las ideas preceden a la acción. Desde un punto de vista empírico, la evolución y prácticamente todos los grandes logros de la humanidad en materia de respeto recíproco de los Derechos Individuales (que no es sino otra forma de mentar al liberalismo), fueron obra de doctrinarios y no de políticos. Los políticos se encargaron a posteriori de digerir esas ideas, hacerlas suyas y aplicarlas en sus respectivos programas de gobierno. El libro “De los Delitos y de las Penas” de Beccaria fue la piedra fundamental del sistema liberal en materia penal, con sus principios de Presunción de Inocencia, Tipicidad de los Delitos, la veda de la intromisión en el ámbito privado del pensamiento, etc.. El ensayo sobre “El Espíritu de las Leyes” del Barón de Montesquieu, es hasta hoy el eje de todo el sistema Republicano de División de Poderes. “La Cabaña del Tío Tom” resultó una lectura esencial para concientizar al pueblo norteamericano acerca de la inmoralidad de la esclavitud. La difusión de los estudios de Hume, Adam Smith, Burke, Stuart Mill, Ricardo, Lord Acton, Bastiat, Tocqueville y tantos otros escritores, fueron la causa directa del florecimiento del pensamiento liberal en la Edad Moderna.

Una indiscutible ventaja de la contienda ideológica sobre la acción política directa es que, quíerose o no, al encasillarse en un único partido el liberalismo está de entrada minimizando su función como pauta rectora de la convivencia humana, y asumiéndose a sí mismo como una de las tantas ideologías posibles y no como el único sistema económico, social y político fundado en un conjunto de indiscutibles conceptos morales y jurídicos de no agresión, tolerancia, respeto, que contiene verdades demostrables científica y empíricamente, tanto por la vía de los razonamientos y demostraciones de sus muchos Premios Nobel, como por la experiencia mundial que muestra la estrecha correlación entre los índices de libertad y prosperidad en las naciones.

La presentación del liberalismo como una postura simplemente partidaria, lleva además a los demás partidos del espectro político a encasillarse automáticamente como antiliberales. Aunque más no sea por una estrategia de marketing político, se produce en aquéllos consecuencias indeseables. Al respecto, debemos recordar que la diferenciación del producto es en materia política tan fundamental como en materia comercial, sea para establecer y estimular la preferencia de los votantes, como para distinguirse de los partidos de la competencia, como para captar por vía de consecuencia a los diferentes segmentos que no se reconozcan a sí mismos como liberales. Se convierte así al liberalismo –aún en la hipótesis de que pudiera ser posicionado como un partido mayoritario- en una opción más a elegir o desechar, y no en una visión común única compartible por Tirios y Troyanos. Posiciona a algo que debería estar más allá de la política, como centro de la discusión política. Y siendo el liberalismo patrimonio de un único partido –aún mayoritario- el ideario se ve amenazado por las propias exigencias partidarias, prefiriéndose usualmente el suceso político a la rectitud

doctrinaria. Esto pasó inclusive con el partido Conservador argentino cuando trocó su ideario liberal por otro nacionalista, que lo llevó a su desaparición.

Analicemos entonces el paradigmático caso argentino, demostrativo de que la declinación es consecuencia básica del cambio en la “noosfera” liberal por otra autoritaria, cuya consecuencia fue que prácticamente desde 1.916 no existan gobiernos auténticamente liberales en la Argentina y que sincrónicamente, decayéramos como país. Magnánimamente se menciona 1.930 como punto de inflexión para exculpar al Radicalismo, lo que constituye un error histórico. La declinación del pensamiento liberal, que conllevó la decadencia del país, tuvo como responsables tanto a los Conservadores como a quienes los atacaban, que conjuntamente crearon una corriente de pensamiento populista que terminó por frustrar la obra de tres generaciones. Aristóbulo del Valle fue ministro de Luis Sáenz Peña, Yrigoyen fue diputado Roquista, y Perón estaba en el estribo del automóvil triunfal de Uriburu, lo que merece un análisis.

En Argentina, a despecho de los esfuerzos de nuestros grandes pensadores del Siglo XIX, las preferencias políticas de los argentinos no se movilizaron tanto por ideas como por emociones. En las luchas entre Unitarios y Federales, Rosistas y Antirrosistas, Chupandinos y Paniaguados, Conservadores y Radicales, Personalistas y Antipersonalistas, y luego entre Peronistas y Antiperonistas, aún cuando obviamente estaba presente un embrionario debate ideológico, lo que predominaba era usualmente un cuestionamiento emocional. ¡Y vaya si no existían motivos para comprometerse emocionalmente contra algunos de los tantos tiranuelos que debió soportar nuestro país! Degüellos, intervenciones a Provincias opositoras, persecución política, ineficiencia, vida privada disoluta, corrupción... Pero, aún cuando sea explicable que a lo largo de la historia mucha gente se haya volcado espontáneamente en contra de varios de los gobernantes antiliberales que tuvimos, este motor más sentimental que ideológico conspiró drásticamente contra el establecimiento de opciones liberales en su reemplazo, salvo al momento de la caída de Juan Manuel de Rosas.

A la caída de Rosas, pese a las claras divergencias de Alberdi con Sarmiento o el rosista Vélez Sarsfield, existía en la intelectualidad de la naciente Argentina una “noosfera” común vibrando en sintonía con el pensamiento europeo que fatalmente condujo al país al liberalismo. Todos los críticos del autodenominado Restaurador de las Leyes –Esteban Echeverría, José Mármol, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y tantos otros- con diferencias de detalle, proclamaban y enseñaban abiertamente su fe liberal, y por ende esa fue la ideología adoptada por los opositores del régimen. Así, tanto Justo José de Urquiza como Bartolomé Mitre, Adolfo Alsina como Domingo Faustino Sarmiento, Nicolás Avellaneda o Leandro Alem, Julio Argentino Roca como Aristóbulo del Valle, aún frecuentemente enfrentados entre sí, estaban firmemente convencidos de que el único camino para el progreso eran la libre iniciativa individual, el respeto a la propiedad privada, y una serie de postulados comunes, que en una perspectiva histórica tornan anecdóticas sus peleas y sus alianzas. El liberalismo argentino devino como una consecuencia natural de la “noosfera” intelectual del momento.

Los ideólogos liberales de esa época eran claramente cosmopolitas y antiautoritarios, lo que no es de extrañar en consideración a que muchos de ellos vivieron muchos años fuera del país como consecuencia de las persecuciones propias del rosismo. Etcheverría decía que “la Patria no es la tierra donde se ha nacido”, lo que le costaría un siglo después las críticas del populista Jauretche. Alberdi sostenía que “para los espíritus vastos y serios que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la Nación, la patria es la Humanidad”. Ellos descreían de las fanfarrias, los clarines, las espadas y las manifestaciones románticas de la irracionalidad. Alberdi criticaba que a

muchos militares “La gloria militar que absorbió sus vidas los preocupa todavía más que el progreso....pero nosotros más fijos en la obra de la civilización que en la del patriotismo de cierta época, vemos venir sin pavor todo cuanto la América puede producir en acontecimientos grandes”, y que “la paz vale el doble que la gloria”. Esos pensadores querían educar al pueblo, pero en la libertad y la tolerancia. El mismo Alberdi sostenía que “En Chiloé y en el Paraguay saben leer todos los hombres del pueblo y, sin embargo, son incultos y selváticos al lado de un obrero inglés o francés que muchas veces no conoce ni la O”.

A fines del Siglo XIX, el triunfo liberal atrajo su desgracia, mutando a muchos Conservadores/Liberales en Conservadores/Nacionalistas. Este partido único observaba asombrado las corrientes migratorias seducidas por el progreso generado por un liberalismo como pocas veces se vio en el mundo, con una generosa Constitución “para todos los hombres del mundo que quieran habitar este suelo Argentino”, una nación surgente que prácticamente carecía de impuestos y obtenía sus rentas con los escasos recursos que preveía su Carta Magna. Se plantearon la necesidad real o supuesta de homogeneizar las grandes corrientes migratorias recién arribadas –que a veces ni siquiera hablaban nuestro idioma- infundiéndoles una serie de patrones emocionales comunes, sobreestimando la necesidad de forzar un sentimiento nacional. ¿Cómo imponerlo a quienes lloraban sus ancestros extranjeros, si no era haciendo recitar en los colegios bellas poesías que exaltaban la incipiente argentinidad?

El encendido soneto de Leopoldo Díaz comenzaba diciendo “Patria es la tierra donde se ha sufrido, patria es la tierra donde se ha soñado, patria es la tierra donde se ha luchado, patria es la tierra donde se ha nacido”. Esta excelente poesía, contrapuesta a la afirmación de Echeverría y de virtudes estéticas innegables, tenía la propiedad –común en todas las buenas poesías- de penetrar profundamente en el espíritu sin decir prácticamente nada. Pudieron identificarse con ella quienes habían nacido en esta tierra, y también quienes llegaron sufriendo, o soñando o luchando. Llena de alusiones a ideas-fuerza muy poderosas y motivantes: El nido, la cruz del cementerio abandonado, los clarines, la flecha de bronce, la errante barca del marino, el airón de la bandera y hasta la virginidad. La Patria era pues, algo excelso que defender, aún sin saber bien quién la ataca...

Sincrónicamente comenzó una modernización del Ejército, explicable por la carrera armamentista con Brasil y Chile. En ese momento el mejor ejército existente era el prusiano y se decidió por ende contratar instructores de esa nacionalidad. Elección acertada dentro de la lógica armamentista, ya que Prusia acababa de ganar rápidamente las Guerras de los Ducados, Austro-Prusiana y Franco-Prusiana, con un ejército cuya disciplina generaba asombro en ambos lados del Océano. A partir de 1.901 se estableció el Servicio Militar Obligatorio en el cual, a la par de la enseñanza de las disciplinas militares, también se otorgaba una educación básica a los reclutas analfabetos. Así, poco a poco el pensamiento nacionalista con su carga de paternalismo (recordemos que las primeras normas de regulación social paternalista se deben a Bismark) fue sustituyendo al pensamiento genuinamente liberal aún entre los mismos gobernantes. Hubiera resultado imposible mantener una prédica por años sin terminar por convencerse los propios predicadores acerca de lo que enseñaban.

Con la exaltación del espíritu nacional que se iba creando, buscando cohesionar a un pueblo nacido de la armónica convivencia de muchísimas nacionalidades (recordemos la cita a esta característica de nuestro pueblo contenida en el “Canto a la Argentina” de Rubén Darío), se perdió lo esencial de la prédica liberal de los primeros gobiernos, que era poner el acento en la apertura de nuestros mercados y nuestras inversiones al extranjero, en considerar a cualquiera que viniera a trabajar o a invertir en

Argentina como un invitado de honor, en mantener los menores impuestos posibles, y por ende una estructura burocrática ínfima.

La “noosfera” argentina estaba cambiando, y la Argentina decaía por atrás. Algunos autores mencionan que esta inflexión se produjo en 1.930, época del primer golpe de Estado, pero implica una injusta exculpación de Yrigoyen, reincidente y fracasado golpista de 1.890, 1.893 y 1.905 devenido en Presidente, cuyo autoritarismo inauguró la inflación en Argentina, quebró institucionalmente al país con veinte Intervenciones –casi todas por decreto- en las catorce Provincias en donde no había ganado (existían quince). Afrentó al Senado con sus ausencias cuando fue interpelado, e inauguró la Argentina de las manifestaciones y las huelgas, las tomas de facultades por estudiantes, la Reforma Universitaria. La división del país que generó entre oficialistas, para los que dirigía todas las mieles, y opositores a quienes debía perseguirse económicamente e inclusive por las armas (recordemos la Semana Trágica y la Patagonia Rebelde) no tenía antecedentes desde Rosas, con quien fue en su momento comparado como “el último dictador”.

Igualmente, en materia jurídica la “noosfera” liberal fue cambiando por una autoritaria. En un fallo de 1.888 se expresaba que “La Constitución sienta como un principio absoluto, la inviolabilidad de la propiedad privada... no pudiendo el Congreso derogarla, restringirla ni alterarla en su esencia, con arreglo al art. 28 de la Constitución... si tal poder existiese, sería a la verdad destructivo del derecho individual, teniendo por efecto inmediato, aniquilar todas sus garantías y suprimir las naturales distinciones entre lo mío y lo tuyo, a voluntad del Estado”. Se daba por sobreentendido que la garantía del “derecho de propiedad” se extendía a todos los derechos adquiridos patrimoniales, con lo que prácticamente quedaba amparada la inviolabilidad de todos los derechos individuales. Nuestro país sería totalmente diferente si tal parecer hubiera sido ratificado en 1.922 en el caso “Ercolano vs. Lanteri de Renshaw”, Allí, con la brillante disidencia de su Presidente Dr. Antonio Bermejo, se declaró compatible con la Constitución Nacional que el Estado impusiera coactivamente una prórroga legal de los plazos de los alquileres y que el propietario debiera aceptar como alquiler la suma muchas veces ínfima que dispusiera el Estado en concepto de alquiler legal durante el tiempo de duración de esta prórroga.

En su disidencia, Bermejo profetizó para terminar una exposición tan brillante como solitaria, que “no sería aventurado prever que si se reconoce la facultad de los poderes públicos para fijar el alquiler, o sea, el precio que el propietario ha de cobrar por el uso de sus bienes, aunque sea un uso privado y libre de toda franquicia o privilegio, ya sea voluntaria o involuntariamente, “se cae en la constitución guaraní”, que decía Estrada, pues habría de reconocerles la de fijar el precio del trabajo y el de todas las cosas que son objeto de comercio entre los hombres... la vida económica de la Nación con las libertades que la fomentan, quedaría confiscada en manos de legislaturas o congresos que usurparían por ingeniosos reglamentos todos los derechos individuales”. Los hechos dieron la razón a Bermejo: La brecha se había abierto, y luego el torrente no pudo jamás ser detenido.

A la finalización del régimen de Hipólito Yrigoyen no existía entre sus opositores un pensamiento claro que fuera comúnmente aceptado por aquéllos una vez arribados al poder. A un punto tal, que el Banco Central de la República Argentina, el cierre de las Cajas de Conversión, la unificación de las Cajas de Jubilaciones, la Ley de Impuesto a los Réditos, la Comisión de Abastecimiento y muchas de las primeras Leyes Sociales, fueron obra de los Conservadores/Nacionalistas que sucedieron a Yrigoyen con pensamientos ya contaminados, sentando –conducidos por un teórico, Raúl Prebisch- las bases de la Argentina estatista y paternalista de Perón. Paradójicamente

entonces quienes recordaron infructuosamente las enseñanzas liberales fueron Juan B. Justo y Enrique Dickmann, representantes del Socialismo, demostrando empírica de que el mantenimiento de la “noosfera” liberal es preferible a la práctica partidaria.

En materia de jubilaciones (uno de los más frecuentes campos de saqueo de los gobiernos “populistas”), las primeras normas establecían regímenes de Capitalización, pero decían –en forma inconstitucional- que en caso de despido con causa el aportante perdía sus aportes en beneficio de la Caja, como si el dinero no fuera suyo. Y aquí también la Corte convalidó la constitucionalidad de esta exacción diciendo en 1.939 que “Los aportes efectuados por un afiliado a la Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles no son de propiedad de aquél, sino que constituyen el fondo de la Caja destinado al cumplimiento de los fines para los que ha sido creada”. Al sentarse el precedente de que el aportante no es propietario de su aporte, se otorgó el fundamento ideológico a las sucesivas exacciones que, casi un siglo después, concluyeron con el repentino saqueo de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones. Al llegar al poder, Perón no necesitó efectuar grandes reformas. Simplemente profundizar las de los Conservadores de la segunda época, con el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (estatización del comercio exterior), la adquisición de los ferrocarriles y la telefonía, para poner la tapa al féretro del liberalismo de los verdaderos Conservadores de las épocas de formación de nuestra nacionalidad. Y a la caída de Perón, de la mano del mismo Raúl Prebisch, prácticamente todas estas mismas instituciones se mantuvieron por los gobiernos sucesivos.

Me refiero a estos períodos de inestabilidad institucional en Argentina no porque prefiriera que los golpistas fueran liberales –justamente el golpismo explica la falta de práctica democrática de nuestro pueblo- sino porque al tratarse de insurrecciones armadas para derrocar a un gobierno, es de suponer que pretendieran extirpar los errores de sus predecesores, lo que en los hechos no ocurrió. El nacionalismo de los militares que los derrocaron eran también formas de estatismo y dirigismo similares a los de Yrigoyen o de Perón, que no podían por ende sustituir exitosamente los defectos de los regímenes desplazados. Al margen de la dudosa legitimidad de su origen, los gobiernos que sucedieron a Yrigoyen, Perón, Illia y Estela Martínez fracasaron básicamente por falta de un contenido ideológico claro.

La inexistencia de una “noosfera” liberal torna hartamente difícil la germinación de los partidos liberales, pero la Argentina de hoy es un campo fértil para una enseñanza liberal que la haga resurgir. Es tan natural el liberalismo en el espíritu de la gente común, que los gobernantes populistas tiene una y mil veces que denostarlo para evitar que resurja, aún en países como Argentina donde ningún partido político de masas quiere asumirse como tal. Esto desgraciadamente no es entendido claramente por una inmensa mayoría de la población, que mientras conforme a las enseñanzas recibidas dice repudiar esta corriente sin saber cabalmente qué significa, admira nuestra prosperidad de la época de los Conservadores/Liberales del siglo XIX, se sorprende con el desarrollo del Primer Mundo y la miseria de los países socialistas.

La mentalidad argentina es altamente proclive a las ideas liberales, pese a que por una deformación intelectual que viene desde la infancia, no lo reconocen a primera vista ni siquiera ante ellos mismos. Son liberales sin saberlo quienes protestan contra la intromisión estatal, la inflación, la inseguridad jurídica, las jubilaciones de privilegio, los corralitos bancarios, los saqueos a los ahorros para jubilaciones, la exacción de los depósitos a plazo fijo, la pesificación, las retenciones a las exportaciones, los impuestos agobiantes, los monopolios concedidos por decreto. También lo son quienes se sorprenden –sin sospechar que esta falta de respeto a los derechos individuales es la

causa- de la caída de la actividad industrial, la fuga de capitales, la desocupación, el desabastecimiento...

La decadencia de nuestro país resulta evidente para cualquiera atento a los innumerables vestigios de un pasado de grandeza, y la explicación de las supuestas conspiraciones internacionales en contra de la Argentina como fundamento de nuestros sucesivos fracasos económicos desde que abandonamos el camino liberal no convence a nadie. La gente común se da cuenta poco a poco de que las opciones populistas actuales –peronismo y radicalismo- están vacías de contenido ideológico. No encuentran una explicación liberal a nuestra crisis solamente porque nadie se la da. Ni en las escuelas primarias, ni en los colegios, ni en las universidades se enseñan las bases del liberalismo. Quienes llegan a él lo hacen gracias a tradiciones familiares, por sus propias lecturas, o por haber tenido la suerte de conocer los pensamientos imperantes en países más desarrollados.

La acción política encolumnada como “el” Partido Liberal no solamente es de dudosa viabilidad, sino que tiende a cristalizar un modo de pensamiento y de vida en una serie de postulados concretos no siempre compartibles como una única versión del liberalismo. Los países que han crecido en el mundo rara vez fueron liberales químicamente puros: Los peregrinos de Plymouth, los anglicanos ingleses, los conservadores argentinos, los orgullosos y nacionalistas alemanes y japoneses de postguerra, para citar unos cuantos países exitosos y con economías de mercado, aprovecharon un tejido social fuertemente cohesionado sobre valores aceptados como comunes, para volcar sobre ellos el ideario liberal. El liberalismo verdadero, como bien escribía Von Hayek, es básicamente empirista y por ende su manifestación concreta depende de la sumatoria de voluntades y pareceres individuales, y no de una supuesta “única” forma de ser liberal, como cristalizaría un partido liberal único.

Apenas el liberalismo se dogmatiza y se convierte en un sistema cerrado de pensamiento que excluye a quienes no comparten determinados postulados, no solamente se niega a sí mismo y se convierte en liberalismo falso, sino que también resigna fuertemente sus posibilidades de éxito electoral, al no amoldarse a la idiosincrasia del votante a quien debe convencer, reflejo de la diferencia existente entre todos los seres humanos. Encontrar el punto de confluencia de las enseñanzas liberales con las expectativas de la población en materia de educación, seguridad, salubridad, etc., es tarea de políticos, no de doctrinarios, y lo ideal sería que la búsqueda de ese punto de sintonía fina –y no la aceptación o rechazo en un todo de los postulados liberales- fuera el tema de discusión entre los diferentes partidos. La política de Sarmiento de educación pública gratuita a cargo del Estado –para poner un ejemplo- no era ortodoxamente liberal.

El liberalismo no asumido de la clase media argentina es básicamente empirista, conformista, tolerante, conservador. Se complace de pequeños placeres cotidianos. El libertarismo dogmático en cambio es básicamente principista, fundamentalista, intolerante, contestatario, trasgresor. Se complace con grandes experimentos personales. Si un liberal clásico acepta que puedan existir liberales libertarios, usualmente los libertarios no conciben que puedan existir liberales conservadores. Algunos sedicentes liberales vernáculos, influenciados por Ayn Rand –verbigracia- consideran que la aceptación del aborto es liberal, y que quien no la admita no lo es. Excede los alcances de este trabajo demostrar el antiliberalismo subyacente en aceptar la agresión impune a una persona inocente con fundamento en su menor tamaño, pero lo tomo para ejemplificar que si realmente éste fuera postulado por un hipotético Partido Liberal único, sería más que suficiente motivo para alejar a toda persona que se considerase cristiana. Personalmente no podría jamás dar mi voto a alguien que propusiera legalizar

el aborto. Preferiría un poco menos de libertad y de prosperidad en esta vida a cargar sobre mi conciencia en la otra con la muerte de millones de bebés, e inaceptable pagar un poco más de posibilidades de prosperidad con la vida de esas criaturas.

En Argentina un partido liberal que repulse frontalmente a la conciencia cristiana no podría subsistir, por la sencilla razón de que las mismas personas que quieren un sistema liberal quieren una sociedad regida por muchos de los principios del cristianismo. Son usualmente gente exitosa en sus negocios y en sus profesiones, con familias bien constituidas, y que considera que la dicotomía entre liberalismo y cristianismo es absolutamente falsa. Que el primer liberal fue Dios, al dar al hombre libre albedrío y la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, y al poner entre los Diez Mandamientos los de "No matar", "No robar", "No codiciar los bienes ajenos", claramente basales de un régimen liberal en que se respete mutuamente los derechos individuales de todos.

Hoy, por eso y como nunca, es necesario presentar una batalla en el campo de las grandes ideas directrices. Ayuda la circunstancia de que en Argentina los partidos políticos actuales están orientados al suceso electoral y no a plasmar contenidos ideológicos claros. Mientras el discurso electoral permita la perpetuación en el poder de los dirigentes políticos, el contenido ideológico no parece hoy demasiado importante. Quedaron lamentablemente atrás los tiempos en que Sarmiento escribía que "Las ideas no se matan". En lugar de matarse, las ideas fueron subordinadas al interés de quienes dirigen los partidos mayoritarios, que guardan en el mismo morral ideologías incompatibles, para sostenerlas y utilizarlas conforme a las circunstancias. Así podemos encontrar aquí la difícil y beligerante convivencia dentro de un mismo partido –por cierto difícil de explicar a extranjeros- de grupos rivales que a las puertas del Aeropuerto de Ezeiza se ametrallaban entre sí mientras vivaban al mismo jefe... quien a la vez había planeado el Movimiento Montonero y la Alianza Argentina Antiimperialista (la Triple A), la convivencia democrática de ex seguidores del Ingeniero Alvaro Alsogaray junto con confesos ex Montoneros, las reuniones del entonces Ministro del Interior Enrique Nosiglia con el subversivo Enrique Gorriarán Merlo que poco después comandaría el intento de copamiento del Regimiento de La Tablada, o las simpatías del ex Presidente Alfonsín –por cierto, ex abogado de varios guerrilleros- con la camarilla del Movimiento Todos por la Patria (M.T.P.). En ese contexto, no resulta aventurado afirmar que en Argentina lo que sobran son partidos políticos, y lo que faltan son ideas.

Las ideologías populistas en la Argentina, como en el mundo, deben su influencia, sencillamente, a que los pseudo intelectuales que las difundieron y promovieron, hace ya años que han tomado el control de los medios de educación y de comunicación, y han establecido y mantienen a cualquier costo una "noosfera" en la cual sus propios postulados fueron introducidos de contrabando como supuesta parte del bagaje común del conocimiento de la humanidad, tan irrefutables como el Teorema de Pitágoras en el campo de la teoría o la esfericidad de la Tierra en el de la práctica. Existe inclusive en los colegios de la Argentina materias tales como "Historia Argentina" y "Cultura Global", en donde se enseña postulados claramente equivocados en el ámbito ideológico y científico, como verdades indiscutidas, ¡Y guay del alumno que ose cuestionarlas!

Mientras que –por ejemplo- en las escuelas de nuestro país las maestras bienintencionadas enseñen convencida e indiscutiblemente que los representantes de lo que se da en llamar la "Línea Nacional" de Rosas, Yrigoyen y Perón –o peor aún, que el "Che Guevara" cuyas fotografías se venden en todos los kioscos de Buenos Aires- fueron supuestamente paradigmáticos ejemplos a imitar, mientras en la televisión oficial

–afortunadamente demasiado aburrida para ser peligrosa- se canten las loas a cuanto personaje del peronismo o de la izquierda locales o foráneas asolaron este mundo, no podremos extrañarnos de que esos niños, llegados a la edad de votantes, fatalmente se inclinen por los políticos que proclamen la intención de imitar los falsos ejemplos que desde la infancia han admirado. Al decepcionarse de los modernos imitadores no atribuirán los fracasos de las políticas a las deficiencias estructurales intrínsecas de su ideología, sino a que los imitadores actuales no son “buenos seguidores” de los ídolos que por ende mantendrán incólumes en el imaginario colectivo como ejemplos a ser imitados “más correctamente” por nuevos postulantes. Mientras no se promueva la batalla ideológica, la batalla política estará casi con seguridad destinada al fracaso. Y vencida la batalla ideológica, la batalla política se torna innecesaria.